



← UNA VISTA DEL IMPRESIONANTE PETRIL DEL TRANQUE LA LUZ (ARCHIVO HISTÓRICO DE VIÑA DEL MAR).



↑ RUINAS DE LA ANTIGUA CENTRAL HIDROELÉCTRICA EL SAUCE.

LA HISTORIA DE LA CENTRAL HIDROELÉCTRICA EL SAUCE

Hágase la luz

Por casi 100 años -desde 1906 a 1997- operó, en el pulmón verde de Placilla, una pionero complejo energético que permitió habilitar los tranvías eléctricos y el alumbrado público en Valparaíso. Fue la primera en su tipo en el país e implicó un gran desafío de ingeniería: la construcción del tranque La Luz. Dos investigadoras rescatan en un libro el legado de este patrimonio industrial porteño.

Por Marcela Küpfer Collao

“Una hermosa fiesta dio anoche el debido realce al acto de la inauguración de las obras para la generación de la fuerza eléctrica de Peñuelas (...) En presencia de la concurrencia aludida, se procedió a paralizar los motores a vapor, que habían abastecido durante largo tiempo de energía eléctrica a Valparaíso, y, mientras los dínamos proseguían su eterna y vertiginosa carrera, alimentados por acumuladores, se les conectó definitivamente con los

cables de transmisión de fuerza de Peñuelas (...) Los invitados tomaron colocación alrededor de largas mesas, en donde se sirvieron sendas copas de champagne y dulces y cigarrillos en abundancia”.

Así describía El Mercurio de Valparaíso, en mayo de 1906, la puesta en marcha de la primera central hidroeléctrica en la ciudad. No solo ello: era la primera central hidroeléctrica en el país destinada al servicio público, pues su objetivo era proporcionar energía limpia al nuevo sistema de tranvías

eléctricos (en reemplazo de los tranvías tirados por caballos o “de sangre”) y cambiar el alumbrado público de gas por uno alimentado por electricidad.

La fuente de esta energía estaba ubicada a 9,5 kilómetros del plan de Valparaíso, en la boscosa área de Placilla de Peñuelas donde, gracias a una impresionante obra de ingeniería, se levantó a comienzos del siglo XX un gran complejo hidroeléctrico que estaría constituido por la central hidroeléctrica El Sauce y el tranque La Luz, el que opera-

ría por cerca 100 años.

De las instalaciones originales de aquella pionera central hidroeléctrica en Placilla hoy solo quedan algunas huellas, pero permanece la que sea tal la obra fundamental del complejo: la construcción del tranque La Luz (llamado así precisamente por la función que inspiró su nacimiento), una gran represa artificial que hoy sirve de punto de reunión para los vecinos de Placilla y Curauma, centro de deportes náuticos (si la sequía lo permite) y reserva de agua para la región.

REDESCUBRIMIENTO

Pocos saben que el tranque La Luz, al igual que el lago Peñuelas, son sendas obras de ingeniería, creadas con la finalidad de dotar a Valparaíso de servicios básicos: el primero, de energía eléctrica, y el segundo, de agua potable.

Ninguno de los dos son lagunas naturales, pero ya forman parte del paisaje de nuestra ciudad.

Pocos saben, también, que el tranque La Luz fue el corazón de un pionero complejo hidroeléctrico que permitió dotar de

energía abundante y limpia a Valparaíso y aportar así al bullente progreso de la ciudad en las primeras décadas del siglo XX.

Esta historia es la que rescatan la geógrafa alemana Marion Steiner, académica de la PUCV, y la antropóloga Pamela Fuente, directora del Museo Histórico de Placilla, cuyos caminos se cruzaron, junto a los de otros vecinos y extrabajadores de la planta, para poner en valor este olvidado patrimonio industrial de la ciudad.

Ambas son autoras de

“Luz para Valparaíso: el complejo hidroeléctrico El Sauce y La Luz”, libro recientemente editado con apoyo del Fondart Regional.

El texto es un exquisito compendio de historia, archivos y testimonios acerca de esta historia nacida en el pulmón verde de Valparaíso y que hoy, como buena parte de nuestro patrimonio, espera una puesta en valor. Lamentablemente, desde el cese de funciones de la planta y el retiro del guardia que custodiaba sus instalaciones, la central hidroeléctrica ha sufrido el constante saqueo de sus históricas maquinarias, así como la destrucción de sus recintos. Sin embargo, aún queda mucho que poner en valor.

LA ELECTRIFICACIÓN ALEMANA

Marion Steiner, geógrafa cultural y secretaria general del Comité Internacional para la Conservación del Patrimonio Industrial (TICCIH), vive desde 2018 en Valparaíso, pero sus investigaciones ya la habían traído a esta ciudad puerto, para indagar acerca de la participación de Alemania en la electrificación del país.

La académica explica que la cooperación entre dos entidades alemanas (la Allgemeine Elektrizitäts-Gesellschaft o AEG y el Banco Alemán) y la casa de comercio porteña Saavedra, Bénard y Cía. (fundada por socios alemanes y chilenos), permitió el desarrollo de esta pionera empresa, con el fin de instalar tranvías y alumbrado eléctricos en la ciudad.

“Fue un largo proceso, donde se ponen en acción varios actores”, señala Steiner, quien resalta que Alemania -y en particular Berlín- tuvo un rol fundamental en la electrificación de diversos países, a través de la AEG y la Siemens.

A través de su investigación, Steiner estableció que la idea de contar con una hidroeléctrica en Valparaíso fue de inspiración netamente local: “La AEG no tenía experiencia con hidroeléctricas, solamente termoeléctricas, en base a carbón, pero los actores locales exigieron que el sistema se construyera a partir de energía hidroeléctrica”,



↑ SALA DE MÁQUINAS DE LA CENTRAL HIDROELÉCTRICA (ARCHIVO MUSEO HISTÓRICO DE PLACILLA).

recalca Marion.

Hasta entonces, Valparaíso contaba con una termoeléctrica a carbón de tres chimeneas, ubicada en la calle Aldunate, pero el poco acceso a este mineral -buena parte del cual debía ser importado- y la experiencia previa de la central Chivilingo, en Lota -construida solo para abastecer la mina-, fueron alicientes para apostar por la energía hidroeléctrica para los servicios públicos de Valparaíso.

UNA OBRA MONUMENTAL

Una vez firmados los contratos y creada la Compañía de Tranvías Eléctricos de Valparaíso (CTEV), fundada curiosamente en Berlín, en 1903, venía la parte más difícil del proyecto: crear un sistema hidroeléctrico eficiente.

El lugar elegido fue Placilla, donde los ingenieros, tras largos recorridos a caballo por cerros y quebradas, determinaron un área donde contener las aguas del estero Las Tablas y así crear una represa que permitiera abastecer las turbinas de la central hidroeléctrica, que estaría ubicada a fondo del valle del estero El Sauce, en un lugar bastante remoto al que se puede acceder a través de la Cuesta Balmaceda.



↑ PAMELA FUENTES, ANTRÓPOLOGA, Y MARION STEINER, GEÓGRAFA, SON LAS AUTORAS DEL LIBRO.

La contención de las aguas, explica Steiner, fue posible gracias a la construcción de un enorme pretil que, para la geógrafa, es la obra más importante del proyecto.

La construcción del pretil definitivo (primero hubo un más pequeño), de 30 metros de alto y 125 metros de largo, tomó tres años. Fue construido con bloques extraídos de una cantera cercana y hoy todavía puede ser visitado, alejándose algunos kilómetros hacia el sur del tranque.

El conjunto incluyó también todo un acabado sistema hidráulico conformado por tomas de agua, acueductos, estanques y tuberías de alta presión que, con un diámetro de 70 centímetros y 600 metros de longitud, y una inclinación que alcanza has-



ta 45 grados en algunas zonas, trasladaban el agua del tranque ladera abajo hasta la central hidroeléctrica y la sala de máquinas, ubicada al fondo del valle El Sauce. Era aquí donde se producía la electricidad.

“Los ingenieros y técnicos eran principalmente alemanes en esta primera etapa; había maquinarias suizas y hasta las baldosas eran traídas de Alemania”; relata Marion Steiner.

Desde esta planta, salían los cables de alta tensión en un recorrido que iba desde el fondo del valle, cruzando el cerro y atravesando lo que hoy es el camino La Pólvora hasta llegar a una estación de transferencia en el cerro Mariposa, desde donde, a través de una vía subterránea, salía el cableado hacia la subestación ubicada en calle Aldunate, en el plan porteño.

Para Marion Steiner, el conjunto hidroeléctrico El Sauce-La Luz, sumado a la planta termoeléctrica de Aldunate y, posteriormente, la central de Lagu-

na Verde, junto con las dos estaciones eléctricas de Santiago, “constituyen los fundamentos del actual sistema interconectado central. Con la electrificación del tren entre ambas ciudades se logra unir por primera vez las redes eléctricas de Santiago y Valparaíso”.

MEMORIA

Para comienzos del siglo XX, Placilla era una zona rural y alejada del bulleante centro de Valparaíso. Y más aún lo eran los parajes donde se instaló el complejo hidroeléctrico de El Sauce, entonces rodeado de tupidos bosques.

Debido a este aislamiento, se instalaron viviendas para ingenieros y trabajadores, tanto en la sección hidráulica (el tranque), como en la hidroeléctrica (la central al fondo del valle).

“Yo tuve la posibilidad de entrevistar a algunos habitantes del lugar; por ejemplo, recuerdo uno con mucho cariño, Luis Murúa, que vivió con su familia en la misma planta hidroeléctrica. Allí vivieron cumpleaños, navidades, hitos importantes, y siempre recalca que era un lugar muy solitario, de difícil acceso. Ellos tenían sus viviendas al lado de la sala de máquinas, donde se producía la electricidad”, cuenta Pamela Fuentes, antropóloga y coautora del libro, quien aporta, desde el punto de vista etnográfico, las experiencias y memorias de quienes vivieron en torno al complejo.

“El sector del tranque La Luz era muy desolado, había que llegar en carreta o bicicleta, y allí vivían algunas familias, luego llegaban otras. Era difícil vivir ahí, llevar a los hijos a la escuela”, explica Fuentes.

La antropóloga señala que, desde hace poco más de diez años, se ha producido una especie de “redescubrimiento” de la central El Sauce, en especial gracias a iniciativas surgidas de la comunidad, que ha organizado visitas y recorridos por las instalaciones, hoy abandonadas.

El Museo Histórico de Placilla, por su parte, ha realizado una gran labor de recopilación de material de archivo relacionado con este patrimonio industrial.

Lamentablemente, los vestigios de la central hidroeléctrica están dañados y saqueados. Ya no hay guardia ni cercas; aún quedan algunas construcciones en pie y, entre los árboles, se pueden ver restos de las tuberías y los postes que llevaban las líneas de transmisión.

También quedan las grandes obras de ingeniería, como el pretil y los 13 puentes que debieron construirse a través de las quebradas para acceder a la central desde la Cuesta Balmaceda. Las máquinas, no obstante, han sido robadas, y el tiempo ha hecho su parte con las edificaciones de la central y las viviendas adyacentes.

“Sabemos que este espacio ya cumplió su ciclo y la función para la que fue construido, pero nos gustaría que este lugar pudiese hablar de ese testimonio, de esas voces que hicieron de Valparaíso una ciudad tan importante, poder reutilizar el espacio como un lugar para la cultura, el patrimonio y la historia en un entorno natural que se mantiene como único”, reflexiona Pamela Fuentes.

Marion Steiner, quien es especialista en patrimonio industrial, agrega que han buscado formas de proteger el complejo, pero es difícil, pues la legislación chilena establece categorías de protección como monumento histórico o nacional para edificaciones, pero no para todo el sistema que comprende el complejo El Sauce-La Luz.

Steiner señala que reconocer el patrimonio industrial no resulta fácil para las comunidades, más aun considerando las consecuencias que el desarrollo industrial ha tenido para el planeta: “Esto pasa no solo en Chile, sino en el mundo entero; nos cuesta entender el valor cultural de la industria y no es extraño, por el impacto en el medio ambiente, por la explotación, por los desequilibrios. Es válido preguntarnos si debemos ponerlo en valor o no, pero lo que sí no podemos hacer es ignorarlo y olvidarlo, hay cosas de las que debemos aprender para no cometer los mismos errores y construir un mundo más justo, más sano, más pacífico”, reflexiona la académica.